



UNIVERSIDAD
SANTO TOMÁS
TUNJA
ESCUELA DE EDUCACIÓN - FUNDADA 1712

Quaestiones Disputatae

ISSN: 2011-0472 - IBN Publindex Categoría C / ISSN 2422-2186 (En Línea)



La lectura en la sociedad del cansancio*

Reading in the burnout society

César Pérez Morgan¹ 

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Colombia)

Información del artículo

¹Docente de la Licenciatura de Lengua Castellana y Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Contacto:

Cómo citar este artículo:

APA:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution- NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.



Resumen

Este texto examina, a partir de *La sociedad del cansancio* de Byung-Chul Han, cómo el desplazamiento de la sociedad disciplinaria hacia la sociedad del rendimiento transformó la relación contemporánea con la lectura. Se ve cómo la autoexplotación, sostenida en la promesa de la realización personal, convirtió al libro en una mercancía más y a la lectura en una actividad cuantificable en plataformas como Goodreads y acelerable mediante resúmenes o audiolibros. El texto analiza la incapacidad del sujeto de rendimiento para tolerar el tiempo no productivo, lo que explica tanto el rechazo hacia la relectura como la culpa asociada al goce literario. A partir de la noción de dispersión de atención, se ve que la multitarea del entorno digital es una regresión hacia una atención primitiva, incompatible con la lectura de largo aliento. Frente a esto, se recupera el concepto de aburrimiento profundo, tomado por Han de Walter Benjamin, para proponer la lectura pausada como un ejercicio de resistencia frente a la idea de rendimiento que atraviesa la vida contemporánea.

Palabras clave: Sociedad del rendimiento, lectura, aburrimiento, autoexplotación.

Abstract

This article examines, drawing on Byung-Chul Han's *The Burnout Society*, how the shift from disciplinary society to the achievement society transformed the contemporary relationship with reading. It shows how self-exploitation, sustained by the promise of personal fulfillment, turned the book into just another commodity and reading into a quantifiable activity, measured on platforms such as Goodreads and accelerated through summaries or audiobooks. The article analyzes the achievement-subject's inability to tolerate non-productive time, which explains both the rejection of rereading and the guilt associated with literary enjoyment. Drawing on the notion of attentional dispersion, it argues that multitasking in the digital environment constitutes a regression toward a primitive form of attention, incompatible with sustained reading. In response, the article recovers the concept of profound boredom, which Han takes from Walter Benjamin, to propose slow reading as an exercise of resistance against the idea of performance that permeates contemporary life.

Keywords: achievement society, reading, boredom, self-exploitation.

Introducción

En *La sociedad del cansancio*, Byung-Chul Han sostiene que el sujeto contemporáneo ya no se define por la disciplina y el control externo, sino por un imperativo de rendimiento que él mismo se impone. La sociedad disciplinaria da paso a una sociedad del logro, donde el individuo se autoexplota bajo la ilusión de la libertad y la realización personal. A esta lectura se le puede añadir que dicho imperativo encuentra hoy un soporte en las dinámicas de consumo digital el flujo constante de notificaciones, el estímulo permanente y el *scroll* infinito en redes sociales, los cuales intensifican la dispersión de atención y dejan en un segundo plano la capacidad de detenerse a reflexionar.

Este desplazamiento de la atención afecta directamente a la lectura, la cual es una práctica compleja que permite a los seres humanos construir sentido, tomar conciencia de sí mismos, reconocer su relación con el otro y reinterpretar su realidad para descubrir nuevas formas de entender el mundo o como lo dice Lluch, et al. (2026) “La lectura, la escritura y la oralidad constituyen prácticas fundamentales de la vida social. Más que competencias instrumentales, son formas de inserción en el mundo, de construcción de sentido y de participación ciudadana.” (p. 12). Sostener la atención en un libro exige una disposición contemplativa y una pausa que el entorno digital tiende a presentar como incompatible con la inmediatez del rendimiento, de ahí que sentarse a leer se perciba, cada vez con más frecuencia, como una tarea inalcanzable o como una pérdida de tiempo productivo. Sin embargo, vista desde las categorías de Han, esa misma dificultad revela que la lectura es un ejercicio de desaceleración que permite le permite al individuo detenerse, reflexionar y volver la mirada hacia el interior.

Esta obsesión por consumir y rendir también transformó nuestra relación con el libro físico, que pasó a funcionar como una mercancía más. Esto se hace evidente cuando acumulamos libros bajo la idea de que tenerlos nos hace mejores, o cuando corremos a comprar la última novedad del mercado. No es raro que las editoriales exploten este impulso publicando obras póstumas en las que el autor apenas participó, sostenidas por la sola presencia de su firma en

la portada. El libro pierde así su valor reflexivo y se convierte en un producto de consumo rápido, coherente con el ritmo que Han atribuye al sujeto del rendimiento.

Esta misma lógica explica que hoy se compren libros solo para decorar, convirtiendo la biblioteca hogareña en un fondo estético que aparenta un conocimiento no adquirido. Vista desde el marco de Han, esta práctica es otra forma de autoexposición, otra manera en que el sujeto necesita mostrar continuamente sus logros, incluso los culturales, para sostener su valor frente a los demás. Esto va en contra de la idea de la antibiblioteca de Umberto Eco, quien pensaba que los libros no leídos debían servir para recordarnos todo lo que ignoramos y nos falta aprender. Las bibliotecas actuales, en cambio, tienden a diseñarse para libros que nunca se tocan, convertidos en adorno que busca convencer a otros de una lectura sin verdadero interés en empezar.

Esta transformación del libro es similar a la que Han describe al hablar del paso de un poder disciplinario externo a una exigencia de rendimiento que el propio sujeto interioriza. Cuando la lectura se abandona para priorizar la acumulación o la apariencia de conocimiento, no respondemos a una orden explícita, sino a esa presión invisible que el sujeto se impone a sí mismo. Ya no leemos para cultivar la mente o acceder a la tradición cultural de la humanidad, sino que consumimos libros con la misma prisa con la que operamos en el trabajo o en las redes sociales.

Para entender las razones de esto, es bueno revisar el cambio que describe Han. El filósofo sostiene que dejamos atrás la sociedad disciplinaria de las fábricas, hospitales y cárceles, donde las normas y prohibiciones venían de afuera, para entrar en la sociedad del rendimiento, donde esas obligaciones externas se reemplazaron por el lema del "Yes, we can". Ya no hay un jefe que prohíba descansar, sino que somos nosotros mismos quienes nos exigimos hacer siempre más, bajo la idea de que estar ocupados equivale a tener éxito.

Creemos ser libres porque nada externo nos impide actuar según nuestros deseos, pero esa misma libertad nos arrastra a una autoexplotación invisible que termina por saturarnos de actividades. De ahí la consigna de ser la mejor versión de uno mismo, de trabajar sobre sí sin

pausa para alcanzar cualquier meta. Al no existir ninguna instancia externa entre el sujeto y sus objetivos, la exigencia se vuelve interminable, como una obra que nunca se da por terminada, como quien pule una escultura que nunca termina de estar perfecta.

La lectura deja ver esta lógica, porque suele entenderse como una herramienta de mejora personal, pero exige justamente lo contrario de lo que el rendimiento premia, es decir, un espacio de quietud donde no se hace nada en sentido productivo. Hoy se quiere el conocimiento que la lectura ofrece, pero sin el tiempo que la lectura exige, porque sostener una lectura no produce resultados inmediatos ni un logro exhibible en redes sociales. Esto explica, como extensión de la idea de Han, el auge de resúmenes, reseñas y audiolibros como sustitutos de la lectura completa, porque se prefiere un audiolibro de un par de horas frente a un libro que exige días. El paso de la disciplina al rendimiento no solo transformó nuestra manera de trabajar, sino que convirtió la lectura en un desafío cuando era un hábito cotidiano.

Del sujeto de rendimiento al lector de rendimiento

La autoexigencia que define al sujeto del rendimiento no se limita al ámbito laboral, sino que este se extiende también al tiempo libre y a la lectura. El lector actual lleva a su vida personal las dinámicas de productividad que rigen su trabajo, de modo que leer deja de perseguir el goce de la trama o el ejercicio de la reflexión para convertirse en el cumplimiento de metas cuantificables. Plataformas como Goodreads son un ejemplo de esta lógica ya que permiten configurar retos anuales de lectura, cuyo objetivo es registrar cuántos libros se logran terminar en doce meses. De esta manera, la lectura se convierte en una carrera y en un registro que debe mostrarse públicamente, una manera más de validar que el tiempo libre también es productivo y que, en todo momento, se busca ser la mejor versión de uno mismo.

Además, la tecnología ofrece herramientas para acelerar este proceso. Vemos que los audiolibros se pueden configurar a velocidad 1.5x, vemos resúmenes que entregan la trama completa de un libro. Esto se hace con tal de aprovechar el tiempo y acumular la mayor cantidad de contenido en el menor tiempo posible. El libro deja de ser un espacio de

contemplación y es condenado a la prisa y reducido al volumen de páginas leídas, se convierte en un indicador de rendimiento más.

A esta idea de la lectura como indicador de rendimiento, se suma una incapacidad propia de la sociedad del rendimiento para tolerar aquello que no produce un beneficio inmediato. El texto de Han permite ver esto como una consecuencia de la optimización personal, que lleva al sujeto a pensar que cada minuto debe orientarse hacia un fin. Esto dificulta el disfrute del ocio, porque cuando intentamos desconectarnos, surge una incomodidad y una culpa por estar perdiendo un tiempo que podría invertirse en algo que nos haga más competitivos.

Por esto, no sorprende que los manuales de autoayuda, las guías financieras y los textos de desarrollo profesional ganen popularidad, precisamente porque prometen enseñar una habilidad o entregar herramientas para optimizar la propia vida. En cambio, los textos literarios como las novelas, la poesía o el teatro, pierden valor. Leer una historia o contemplar un poema no genera un rendimiento económico directo, ni ofrece una solución práctica para el día a día, el sistema los etiqueta como tiempo muerto.

Esta presión hace de la lectura una fuente de estrés. Perderse en un libro por el simple placer de la historia genera un conflicto, porque el mandato de rendimiento sugiere que deberíamos estar haciendo algo provechoso, que no deberíamos perder el tiempo sentados en silencio al leer las mismas 27 letras organizadas de manera diferente. Esa culpa arruina el goce literario y por culpa de este ideal de rendimiento hemos olvidado cómo experimentar un momento de goce sin necesidad de justificarlo o convertirlo en tarea productiva. A esta exigencia de productividad e inmediatez se suma la novedad. Este fenómeno afecta la idea de volver sobre los propios pasos y hace que lo viejo, lo conocido o lo repetido pierda valor, porque no alimenta la necesidad de novedad constante. Dicha dinámica se manifiesta en el mercado editorial y en las plataformas digitales, que empujan a consumir el último lanzamiento y penalizan el acto de detenerse.

Vista de este modo, la relectura no encuentra lugar dentro de este espacio, pues va en contra de lo que rige el consumo cultural contemporáneo. Según Nabokov (2016) “Aunque parezca

extraño, los libros no se deben *leer*: se deben releer. Un buen lector, un lector de primera, un lector activo y creador, es un relector” (p. 28). Volver a un libro implica liberarse de la trama para prestar atención a otros elementos, el presagio que insinúa el autor, el ritmo que organiza la obra, o la estructura misma que permite entender cómo se construyó aquella trampa narrativa en la que el lector cayó. En textos complejos, la relectura mejora además la comprensión, porque empiezan a cobrar sentido ideas que antes parecían inaccesibles. El texto se revela así mismo como algo inagotable, pues el libro no cambia, pero sí lo hace el lector, de manera que releer una obra con el paso del tiempo puede sentirse como acercarse a un texto distinto.

Sin embargo, bajo la mirada del rendimiento releer se percibe como un pecado de ineficiencia o como una pérdida de tiempo. Dedicar horas a un volumen ya leído resulta absurdo cuando el contador de plataformas como Goodreads no avanza con títulos repetidos, y cuando miles de novedades esperan en el mercado para sumarse a la lista de logros del lector.

Al dejar de lado la relectura para priorizar la acumulación de novedades, se pierde la oportunidad de profundizar en lo que ya se conoce. Esta obsesión por lo nuevo impide rumiar las ideas, lo cual exige tiempo, silencio y repetición. Esta prisa por sumar un título tras otro reduce la experiencia literaria a un consumo de contenidos. Es indiscutible que la era digital ha producido un cambio en la estructura cognitiva humana, especialmente en la capacidad de concentración. Esa prisa por acumular títulos, la sustitución de la lectura por resúmenes, el rechazo a la relectura muestra una dispersión de atención o también llamado *multitasking* del cual Byung-Chul Han menciona: “el *multitasking* está ampliamente extendido entre los animales salvajes. Es una técnica de atención imprescindible para la supervivencia en la selva” (p. 21). Un animal en su entorno natural distribuye su atención entre la alimentación, la vigilancia de posibles amenazas y el cuidado de sus crías, porque de eso depende su supervivencia. La exigencia de actividad simultánea que impone hoy el entorno digital no constituye un progreso, sino el retorno a eso primitivo, que imposibilita la atención profunda en una sola tarea.

Esta regresión es lo que vuelve incompatible el entorno digital con la lectura de largo aliento que demandan textos como la novela o el ensayo filosófico. Leer con detenimiento exige una atención contemplativa que solo es posible con tiempo, silencio y cierto aislamiento de los estímulos externos, condiciones que la pantalla no ofrece. Mientras el libro físico demanda sostener y habitar el silencio durante periodos prolongados, la pantalla entrena al usuario en el sentido opuesto, en la reacción inmediata a estímulos, lo que debilita la capacidad de reflexión intelectual.

Antes de continuar es necesario aclarar algo, en palabras de Maryanne Wolf (2008) "No nacimos para leer. Los seres humanos inventamos la lectura hace apenas unos milenios. Y con este invento modificamos la propia organización de nuestro cerebro" (p. 13). En apenas seis mil años, la lectura se convirtió en una parte esencial del desarrollo intelectual del individuo y de las sociedades. Esta no es una facultad dada por la naturaleza ni una cadena heredada en el ADN humano, sino una habilidad que cada generación construye según el medio dominante de su época. De ahí que la atención necesaria para la lectura de largo aliento no sea universal, sino un aprendizaje que se debilita cuando la práctica de leer escasea.

De esta manera, la reacción inmediata a estímulos que entrena la pantalla no es solo una actitud del sujeto de rendimiento, sino que está relacionada con la plasticidad neuronal, la cual refuerza el hábito del salto continuo entre contenidos y debilita el circuito asociado a la permanencia atenta en un solo lugar o contenido. Esto permite entender por qué el lector habituado al *scroll* experimenta la lentitud de un libro como algo aburrido. No se trata de una falta de voluntad, ni de una simple regresión, sino de un circuito neuronal entrenado por la repetición del salto entre estímulos, que hace físicamente más costoso sostener la atención en una sola página.

La lectura digital ocupa cada vez más espacios de la cotidianidad, entre ellos la escuela y otros sectores de la sociedad. Wolf recoge la hipótesis de la investigadora Anne Mangen y su equipo, para quienes "la lectura en pantalla tiende a fomentar la lectura superficial, la filtración y la selección" (Mangen, 2016, citada en Wolf, 2020, p. 80). Esto significa que el diseño mismo de la lectura digital privilegia una recopilación de información lo más rápida

y sencilla posible, dejando de lado los detalles que un texto extenso exige para ser comprendido a totalidad.

Viendo esto, la idea no es rechazar enteramente la tecnología, sino cultivar un cerebro lector capaz de alternar entre la pantalla y el libro físico sin que uno cancele al otro, ya que leer es un acto de resistencia en un escenario de distracción. Esta idea dialoga con la potencia negativa que Han propone ya que sostener la lectura extensa no solo cultiva la reflexión filosófica que señala Han, sino que preserva unas conexiones cerebrales concretas que se atrofian si caen en desuso.

Como consecuencia de esta exposición constante a las redes sociales, la mente se acostumbra a saltar con velocidad de un contenido a otro sin detenerse en ninguno. Cuando un lector habituado en el *scroll* se enfrenta a la lentitud de un libro, la experiencia suele volverse frustrante, y el texto termina por percibirse como aburrido.

Sin embargo, este aburrimiento no equivale al aburrimiento profundo que Han retoma, el cual es fértil para la creación y el pensamiento. Se trata más bien, de una impaciencia, un estado que ya no tolera la duración de un texto y que ve esa intolerancia como que la obra no tiene nada que ofrecer. El problema no reside en la obra, sino en una capacidad de atención afectada por el hábito del *scroll*.

Frente a esta regresión de atención, el aburrimiento se ha convertido en algo parecido a un enemigo público. Esto dentro de lo que suele llamarse la economía de la atención, movido por las plataformas y dispositivos diseñados para que la mente nunca quede sin estímulo. Han ofrece una lectura distinta del aburrimiento, retomando a Walter Benjamin, quien lo describe como "el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia" (Benjamin, 1991, citado en Han, 2016, p. 22). Bajo esta imagen, el aburrimiento es la condición que hace posible la experiencia y la creatividad. El silencio y la quietud no se ven como tiempo perdido sino como el terreno donde algo nuevo puede gestarse.

Esta idea permite pensar la lectura en términos similares. Leer exige tolerar la lentitud, el silencio y el no hacer, es decir, exige aquello que la economía de la atención evita. Si cada vacío se llena con la pantalla del teléfono, se elimina también la posibilidad de que un texto aporte más allá de la información que transmite. Leer exige reclamar el derecho a aburrirse, no como ausencia de estímulo, sino como una forma de aburrimiento fértil, capaz de dar lugar a la reflexión que el aburrimiento profundo de Han y Benjamin describen.

Esto se relaciona con la reflexión que hace Jorge Larrosa, para quien la experiencia se ha vuelto cada vez más escasa en la vida contemporánea por el ritmo que esta impone. Larrosa sostiene que todo lo que pasa, pasa demasiado deprisa, de modo que cada suceso se reduce a un estímulo fugaz, sustituido de inmediato por otro antes de que pueda dejar una huella propia en quien lo vive (Larrosa, 2003). Trasladado a la lectura, esto explica porqué un libro leído con prisa, o resumido para ahorrar tiempo, deja de ser una experiencia y se convierte en poco más que información consumida. Para que la lectura sea experiencia necesita justamente eso que la economía de la atención elimina, un tiempo que no se acelera ni se sustituye, un tiempo que se deja transformar por lo leído en lugar de limitarse a registrarlo o según Larrosa (2003) “la lectura crea un espacio otro y un tiempo otro, de todos y de cualquiera, en el que el vivir de la vida se siente con particular intensidad” (p. 9).

Volviendo a Han, para el filósofo la hiperactividad es pasiva, pues consiste en reaccionar sin resistencia ante cualquier impulso que se presente. Por el contrario, el aburrimiento profundo requiere lo que el filósofo llama una potencia negativa, la capacidad activa de no hacer, de suspender la reacción inmediata para dejar que algo distinto pueda emerger. Retomando a Nietzsche, Han asocia esta capacidad con la posibilidad de aprender a mirar, es decir, con la disposición a dejar que las cosas se acerquen al ojo con calma, en lugar de responder de inmediato a cada estímulo.

Pensando en la lectura, esta distinción permite entender por qué tantos lectores abandonan un libro en sus primeras páginas, precisamente en el momento donde la obra todavía no ofrece una recompensa inmediata. Acostumbrado a que cada estímulo produzca una gratificación instantánea, el lector contemporáneo ve esa demora inicial del texto como una

falla, cuando en realidad esa demora es la condición para que la obra muestre su sentido. Sostener esa espera, sin abandonar el libro ni buscar de inmediato otro estímulo, es ya un ejercicio de la potencia negativa.

Michèle Petit (2021) aporta a esta idea pues ha insistido en que buena parte del daño que se le hace a la lectura proviene de querer justificarla siempre por su utilidad, ya sea escolar, laboral o terapéutica, en lugar de reconocerla como un espacio íntimo donde el lector puede reconstruirse a sí mismo (p.154). Según ella, la utilidad nunca es suficiente para nosotros, una idea que se opone a la lógica del sujeto de rendimiento, para quien todo tiempo debe justificarse por su resultado. A partir de su trabajo con mediadores de lectura en contextos difíciles, Petit muestra que ese tiempo aparentemente improductivo dedicado a un libro es precisamente el que permite a un lector encontrar refugio y habitar un espacio interior que la prisa y la exigencia constante de resultados no dejan abrir.

De esta manera, leer es una práctica consciente de esa potencia negativa que la economía de la atención busca eliminar. Cada vez que un lector sostiene la lentitud de una página en lugar de acudir a la pantalla, ejerce una pequeña forma de resistencia frente al estímulo constante. Recuperar el aburrimiento profundo no es una nostalgia por un tiempo más lento, sino una manera de reclamar un espacio de reflexión que el rendimiento y la hiperconexión insisten en acabar.

Finalmente, este panorama se puede nutrir al revisar el libro de Psicopolítica de Han. Aquí el autor menciona cómo el régimen neoliberal ya no somete al individuo desde afuera, sino que consigue que este reproduzca por sí mismo el entramado de dominación, interpretándolo como si fuera libertad (Han, 2014). Aquel lector que se obliga a sí mismo a registrar cuántos libros termina, y se convence de que ese registro es una expresión de su libertad como lector, reproduce la exigencia de rendimiento que rige su vida laboral.

Este sistema se sirve del Big Data, el cual se apodera de los datos que las personas entregan. El consumo cultural y digital le exige al sujeto una transparencia total, haciendo que para este sea atractivo publicar su vida en redes sociales sin mayor preocupación, sin embargo,

esto cumple la función de acelerar la circulación de información y reprimir cualquier desviación de la norma. A pesar de que el Big Data pueda acumular datos de manera indefinida, eso no logra constituir un relato, porque le falta el sentido que solo una narración es capaz de dar. La lectura de una novela o un ensayo filosófico construye un sentido que solo emerge al sostener la totalidad de la obra, algo que ningún resumen ni ninguna cifra de libros leídos puede sustituir.

La obra de Han permite ver lo que se pierde cuando la lectura se convierte en un dato exhibible. Leer una obra completa, sin traducirla a cifras ni a logros publicables, es una de las pocas prácticas contemporáneas que se resiste a la lógica de consumo. Frente a un régimen que necesita convertir toda experiencia en información transparente y comunicable, sostener la lectura de un libro como algo que no se cuantifica ni se comparte de inmediato es una forma de resistencia.

Conclusión

Este texto intenta mostrar que la dificultad contemporánea para leer no proviene de una falta de tiempo o de voluntad individual, sino algo más del sujeto que Byung-Chul Han describe como el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad del rendimiento. En esta lógica, no existe una prohibición externa que impida leer, sino que existe una autoexigencia que vuelve repelente cualquier tiempo no orientado a un fin productivo. Esta lógica también vuelve a la lectura misma en algo eficiente, cuantificable, acelerable y descarta directamente la posibilidad de relectura.

Leer despacio, sostener el silencio de un libro y tolerar la demora que toda obra exige antes de revelar su sentido son formas de resistencia frente al mandato del rendimiento constante. No se trata de rechazar la tecnología ni de idealizar un pasado sin pantallas, sino de reconocer que la capacidad de detenerse es la condición que hace posible la experiencia, la reflexión y el pensamiento. Recuperar esa capacidad es una manera de resistir a la sociedad del cansancio que Han menciona y de reclamar un lugar para la lentitud en medio de la vorágine de información a la que nos arroja la sociedad.

Referencias

- Benjamin, W. (1991). *El narrador en Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Taurus.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder editorial.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. Fondo de cultura económica.
- Lluch, G., Hernández, J., Costa, R., Concha, S. (2026). *Estudio regional de políticas públicas y planes nacionales de lectura, escritura, oralidad y libro en Iberoamérica*. Cerlalc, OEI, CAF
- Mangen, A., & Van der Weel, A. (2016). The evolution of reading in the age of digitisation: an integrative framework for reading research. *Literacy*, 50(3), 116-124. Falta Link..
- Nabokov, V. (2016). *Curso de literatura europea*. B de Books.
- Petit, M. (2021). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Océano exprés.
- Wolf, M. (2008). *Cómo aprendemos a leer: historia y ciencia del cerebro y la lectura*. Ediciones B.
- Wolf, M. (2020). *Lector, vuelve a casa: cómo afecta a nuestro cerebro la lectura en pantallas*. Deusto.